

Una rosa única

¡Hola amigos! Válgame. Después de cada vacación donde es mayor la convivencia, suben las cifras de los divorcios tan puntuales como las de los muertos en carretera.

El ritmo se acelera. Se habla cada vez más de los niños ¡tan solos! de la inmadurez en las parejas y, según los abogados matrimonialistas, de lo poco que aguantamos hoy todos.

¿Por qué no planteamos dar más posibilidades al amor? ¿No tiene derecho no sólo a nacer y morir sino a cambiar y sufrir las peripecias y altibajos de todo lo que es vivo?

Me ayudó mucho a comprender esto leer “El pequeño príncipe” de Saint- Exupéry . Fue en italiano y aún me rio a veces recordando aquello de “¡la consegna é la consegna!” o el “si vede soltanto con il cuore”.

Por eso lo he recordado hoy tras leer las cifras del periódico. En realidad, para la mayoría de los psicólogos, cuando el amor nace, el ser amado permanece en gran parte imaginario. Es nuestro sueño proyectado lo que encontramos en él. Pero todos los sueños tienen un despertar, tanto más decepcionante cuanto más bonito ha sido el sueño.

Las quimeras desaparecen al contacto con la vida diaria, con la vulgaridad y la monotonía, con el hecho de ver a una persona bostezar, roncar y en sus momentos más débiles.

Cuando una mujer exclama: “¡es como todos!”, está sufriendo un terrible proceso al clasificar a su marido: ¿Como todos?. Máximo desencanto ante un ser que creía único, un raro ejemplar fichado por ella.

Y sin embargo, detrás de esa primera decepción de esa ilusión rota, puede haber -hay- una ilusión auténtica.

El pequeño príncipe de Saint- Exupéry se había dejado tiranizar por aquella rosa coqueta, tierna y contradictoria que el creía única.

Al llegar a la tierra, 5.000 rosas exactas a la suya, le saludaron en un parque público.

Y, tumbado en el suelo lloró amargamente:

“¡Yo me creía rico con un flor única y no tengo más que una rosa vulgar”.

Una voz amiga le aconseja más tarde: “Vuelve a ver esas rosas, comprenderás que la tuya es única en el mundo”.

El pequeño príncipe que ya ha probado el amor verdadero, grita ahora a las rosas:

“¡No sois iguales que mi rosa, no sois nada. Nadie se ha hecho amigo vuestro, ni os habéis hecho amigas de nadie!.

Sí, sois bonitas, pero vacías. No se puede morir por vosotras. Mi rosa es mía. Cualquiera podría pensar que es igual que vosotras, pero ella sola es más importante que todas vosotras porque yo la he regado, la he protegido, la he cuidado, le he quitado las espinas.

Porque yo la he sentido quejarse, presumir, callar a veces. Porque es mi rosa, porque he perdido con ella mi tiempo, porque la he escogido, porque soy responsable de mi rosa”.

Una ilusión auténtica, una realidad tras el desencanto... Es el paisaje feliz que sólo puede verse entre lágrimas porque el país de las lágrimas es tan misterioso como el amor.

Os quiere, Déborah

